

TRACY WOLFF

Tú, *yo y la* Super Bowl



TRACY WOLFF

TÚ, YO Y LA SUPER BOWL

Traducción de María José Díez Pérez

 Planeta

Título original: *Down & Dirty*

© Tracy Deebes-Elkenaney, 2017

Edición publicada por acuerdo con Loveswept, un sello de Random House, una división de Penguin Random House LLC. Todos los derechos reservados

© por la traducción, María José Díez Pérez, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorialplaneta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2024

ISBN: 978-84-08-29243-2

Depósito legal: B. 12.071-2024

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint By Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



EMERSON

Esto no puede estar pasando. Hoy no. Por favor, por favor, por favor, te lo suplico, hoy no.

Ni siquiera estoy segura de a quién le estoy suplicando. A Dios, al universo, a la suerte... a cualquiera y a todo el que pueda apiadarse de mí y hacer que el puñetero motor de mi coche arranque.

Pero la suerte es una zorra caprichosa —nadie lo sabe mejor que yo—, y el universo también, por lo visto, ya que todo lo que hace Suzanne cuando giro la llave por quinta vez en los últimos cinco minutos es resoplar. Después toser. Y morir de nuevo.

Pues claro que iba a dejarme tirada. Cómo no, joder. ¿Por qué no iba a decidir morir hoy mi mierda de Corolla de diez años? Como si no fuera mi primer día en el trabajo, como si no me importara causar una buena impresión. Y eso que no es que necesite este empleo, qué va.

Uy, sí. Sí que lo necesito, lo necesito a toda costa, al menos si quiero seguir pagando mis préstamos univer-

sitarios. Por no mencionar el alquiler. Y comer. A ver, que a mi culo no le pasaría nada si perdiese un par de kilos, pero morir de hambre no es la manera de conseguirlo. Solo era un decir.

«Por favor, por favor, por favor, Suzanne.» Ese es mi mantra cuando hago girar la llave otra vez. Y otra. Y otra. Sin que sirva de nada.

«Hay que joderse.» Cojo el bolso, me bajo del coche a toda pastilla y cierro dando un portazo. Una ojeada al móvil me dice que tengo justo veintitrés minutos para llegar al trabajo, cosa que quizá logre si ahora mismo aparece un Uber como por arte de magia. Pero, puesto que mi hada madrina se ha tomado un descanso básicamente para siempre, dudo que eso vaya a suceder.

Durante un segundo me planteo llamar a mi mejor amiga, Sage, pero a esta hora es probable que esté dando una clase de yoga en el estudio de su madre.

Así que acabo abriendo la aplicación para pedir un Uber, qué remedio: un tío llamado Rajiv acepta la carrera. No me lo puedo permitir, pero, si pierdo este trabajo, no podré permitirme nada; momentos desesperados requieren medidas desesperadas. Dice que tardará en llegar seis minutos, que son seis minutos de más, pero no es que tenga alternativa. Para variar. Últimamente toda mi vida ha sido una falta de alternativas tras otra.

Empieza a ser el cuento de nunca acabar.

Paso los ocho minutos siguientes paseándome de

arriba abajo ante mi edificio de apartamentos, rezando por que el puñetero Uber llegue de una vez. Llovizna —porque cómo no iba a lloviznar— y empiezo a notar que los rizos se me encrespan mientras van escapando, uno tras otro, de la tirante coleta en la que me los he recogido antes. Me planteo volver corriendo a casa a buscar un paraguas, pero tengo miedo de que, si me voy, el Uber llegue y yo no esté.

¿Cómo es posible que esta sea mi vida? O sea, en serio, ¿cómo es posible que esta sea mi vida?

Siempre me ha ido todo bien, siempre he conseguido hacer todo lo que me he propuesto: en el colegio, en mis relaciones, en la vida... Al menos hasta que me gradué en Bellas Artes hace diez meses y me vi atrapada en el mundo real. Ahora tengo la sensación de estar hundién-dome casi todo el tiempo, y cuando no me estoy hundiendo... solo es porque me estoy ahogando.

Debo decir que ser adulta es una mierda. Una mierda pinchada en un palo.

Otra ojeada al reloj me indica que ya van diez minutos, y lo que queda.

Estúpido e impuntual Uber.

Estúpida y caprichosa Suzanne.

Estúpido tráfico.

Y, sobre todo, estúpida de mí por no haber salido antes. Teniendo en cuenta cómo debo de tener el pelo ahora mismo, no debería haberme molestado en dedicarle tanto tiempo extra antes.

El Uber por fin aparece, doce minutos más tarde —y lo que queda—, y prácticamente me lanzo al coche.

—¡Arranque! —grito al tiempo que cierro con fuerza y agarro el cinturón de seguridad a la vez—. Tengo que estar en el trabajo dentro de once minutos.

El conductor no se mueve. Se me queda mirando como un pasmarote mientras yo casi me ahorco con el cinturón. A veces es una auténtica putada ser bajita: ¿quién salvo yo moriría estrangulada por un cinturón de seguridad en un Prius, por el amor de Dios?

—¿No me ha oído? —exijo, y señalo la carretera despejada y el semáforo que, como por arte de magia, está verde delante de nosotros—. Es usted Rajiv, ¿no? Tengo que estar en el centro dentro de once minutos.

El hombre sonrío y —no voy a mentir— da un poquito de repelús. Es una sonrisa demasiado forzada y enseña demasiados dientes para mi gusto, y durante un momento me planteo bajarme de inmediato. Pero los segundos corren, y si pierdo este trabajo, de todas formas no tendré nada por lo que vivir. O, lo que es más importante, no tendré ninguna manera de vivir. Y puesto que volver corriendo a casa con mi madre y el padrastro número cuatro es algo que ni me planteo, necesito llegar al trabajo como sea.

Decido ponerme bien pegada a la puerta, agarrar con una mano el tirador y meter la otra en el bolso, donde tengo el llavero con el spray de pimienta y las llaves de Suzanne, que ahora mismo no valen para nada.

—Bienvenida —me dice casi sin acento, las manos haciendo un gesto amplio delante de él—. Bienvenida a mi coche. Soy Rajiv, sí, y será un placer llevarla hoy a su destino.

—Mmm... gracias. —«Bueno, no da repelús en plan asesino en serie», decido mientras suelto el spray de pimienta. Solo está loco en plan maestro zen. Debería sentir alivio, pero algo me dice que esto va a ser mucho peor—. Por favor —insisto al mismo tiempo que él comprueba los espejos por quinta vez en los últimos cinco segundos, todavía junto al puñetero bordillo—. Es mi primer día, no puedo llegar tarde.

—Haré lo que pueda —promete con tanta sinceridad que me da dentera—, pero según el GPS estamos a veinticuatro minutos. Y el GPS no suele equivocarse.

—Dios, por favor, no me diga eso —me quejo a la vez que el hombre por fin se incorpora al tráfico... para detenerse ante el semáforo media manzana más arriba. El semáforo que tarda siglos en cambiar y rara vez está en verde a esta hora de la mañana. El semáforo que ha estado en verde casi dos minutos mientras Rajiv permanecía sentado haciendo que la tensión me subiera por las nubes.

Compruebo el GPS de mi móvil y, en efecto, Rajiv tiene razón. Mierda.

Los segundos dan paso a minutos mientras esperamos a que el puñetero semáforo se ponga en verde. Noto que empiezo a sudar. Tampoco es que haga tanto calor

fuera —con la llovizna, superaremos por poco los veinte grados habituales en San Diego en esta época del año—, pero tengo los nervios de punta, y en mi cabeza se repite una y otra vez, como si fuese el mantra de un relojero: «No puedo llegar tarde, no puedo llegar tarde, no puedo llegar tarde».

Eso por no hablar de que en este maldito coche hace el mismo calor que en el estudio de yoga de Sage. No es coña, aquí dentro debemos de estar a más de treinta grados.

El semáforo por fin se pone en verde —gracias a Dios— y no puedo evitar pegar un grito:

—¡Arranque!

Rajiv se limita a negar con la cabeza y me dirige una mirada de ligera desaprobación.

—Necesita tranquilizarse —me aconseja con una voz lenta y grave—. Llegaremos cuando el universo quiera que lleguemos. No tiene sentido luchar contra nuestro destino.

No me jorobes. Nomejorobes. NO ME JOROBES. ¿Cómo puede estar pasándome esto? ¿CÓMO me las he arreglado para acabar con el único taxista de Uber zen de todo el puñetero San Diego?

Asco. De. Vida.

—Pero hay algo que sí podemos hacer al respecto —le digo mientras señalo con el dedo el salpicadero como una loca—. Podríamos arrancar. Podríamos arrancar ahora mismo. Está en verde. ¡El semáforo está en verde!

—Tranquila —repite cuando el coche por fin empieza a moverse—. Todo pasará como tenga que pasar.

—¡Que me despidan NO es lo que debería pasar!

—No la despedirán —me asegura, y me dedica otra vez esa sonrisa ancha que da repelús—. Tengo un buen presentimiento.

—Bueno, por lo menos uno de los dos lo tiene —farfullo mientras me separo del cuerpo la blusa, que se me pega a la piel, en un intento vano de refrescarme. Le pediría que apagara la calefacción, pero, ahora que por fin nos hemos puesto en movimiento, lo último que quiero es distraerlo. No parece el tipo de persona capaz de andar y mascar chicle a la vez...

—Confíe en el universo, Emerson. Confíe en el universo.

—Ya, bueno, es que últimamente el universo no ha hecho nada para que confíe en él. —Salvo conseguirme este empleo que estoy a punto de perder.

—Hoy eso va a cambiar —promete Rajiv con una voz como de pitonisa, lenta y mística—. Hoy será un buen día para usted. Se lo prometo.

—Eso espero. —De verdad, de verdad que lo espero.

Mientras nos dirigimos hacia el centro bajo una lluvia cada vez más intensa, me debato entre llamar o no a mi nueva jefa para contarle lo que ha pasado. Pero cuando me contrató, Kerry me dijo que siempre llegaba un poco tarde a la oficina, así que si la suerte me acompaña —y si Rajiv conduce a la velocidad máxima permitida en este

siglo— puede que todavía logre llegar antes que ella. Por favor, por favor, por favor, que llegue antes que ella. Puede que sea un empleo de mierda, pero es el único que he conseguido y no puedo perderlo.

No puedo.

Veintisiete insoportables minutos después, Rajiv estaciona en un hueco del aparcamiento situado en la parte delantera de la inmobiliaria en la que me han contratado. Llego exactamente dieciséis minutos tarde mi primer día de trabajo, pero al menos he llegado. Algo es algo, ¿no?

—Gracias, Rajiv —me despido, volviendo la cabeza mientras abro con brío la puerta y salgo.

En la calle hay un charco grande, así que corro hacia la acera y el colorido bordillo que hay justo encima. Teniendo en cuenta que llevo una blusa blanca, lo que menos me apetece es presentarme empapada. Rezo para que llegar tarde no sea motivo de despido, pero llegar tarde y parecer la participante de un concurso de camisetas mojadas..., digamos que la suerte no estaría muy a mi favor.

¿Por qué, ay, por qué, no he mirado esta mañana el tiempo que iba a hacer? Ah, sí, porque estaba demasiado ocupada intentando domar mi pelo. Lo cual ha sido una auténtica equivocación. Pero en mi defensa debo decir que esto es San Diego, donde el noventa por ciento del tiempo el cielo es azul y la temperatura es de veinte grados. Es evidente que el hecho de que hoy esté lloviendo

no es más que otra señal de que he ofendido de alguna manera al universo.

A salvo en la acera —y no muy mojada—, Rajiv toca el claxon y se despide con la mano antes de incorporarse al tráfico. Paso unos segundos enderezándome la falda lápiz roja y organizando mis excusas. Después esbozo una enorme sonrisa falsa y doy un paso hacia la puerta de la oficina.

Pero ese paso es todo lo que consigo dar antes de que una enorme camioneta negra ocupe a toda prisa la plaza que acaba de dejar libre Rajiv. Al hacerlo, la rueda delantera entra en el charco que he podido evitar y me pone perdida de agua, desde las puntas de un pelo, que se me encrespa al momento, hasta el bajo de una falda que ahora me queda ceñida como la licra.

Asco. De. Vida.